

Ave Crux, spes unica

La cruz es el sufrimiento llevado con amor. Mirada por el lado del sufrimiento es algo repelente. A nadie le gusta sufrir, y menos aún si este sufrimiento conduce a la muerte. Mirada por el lado del amor es algo atrayente, porque en la cruz se manifiesta un amor hasta el extremo. La fiesta de la Santa Cruz, que este domingo celebramos, mira al Crucificado, clavado en el leño santo, y contempla en él un amor más grande que el pecado y que la muerte. La fiesta de la Santa Cruz es además exaltación de la cruz del Señor resucitado, que en la cruz ha vencido la muerte, resucitando al tercer día. La cruz, que en la cultura romana era un instrumento de tortura, al ser abrazada libre y voluntariamente por Jesucristo, se ha convertido en el lugar donde ha florecido el amor más grande que haya conocido la historia humana.

En la cruz se revela el misterio trinitario. Dios Padre tanto ha amado al mundo que ha entregado a su Hijo (a la cruz), no para condenar el mundo, sino para que el mundo se salve por él (cf Jn 3,14s). En la cruz, el Hijo hecho hombre, nuestro Señor Jesucristo, ha consumado su ofrenda sacrificial al Padre, en un amor reparador que supera todos los desamores de todos los hombres de todos los tiempos, y con ello ha expresado a toda la humanidad un amor más grande. “Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos” (Jn 15,13). “Este es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (Jn 1,29). En la cruz, el Espíritu Santo ha abrasado el corazón humano de Cristo, llenándolo del amor divino y convirtiéndolo en una ofrenda de amor. La cruz es el escenario de un drama, que ilumina la existencia de todo hombre que la mira con amor. Ni el sufrimiento, ni la muerte son la última palabra. La última palabra es el amor. Esa última palabra se llama Jesucristo, el único capaz de iluminar el misterio del hombre.

Miramos la cruz con la luz de la fe, que brota del Resucitado, y la vemos como el lugar bendito donde ha acontecido la salvación del mundo. “Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos, porque por tu santa cruz has redimido al mundo”. Y en la cruz, contemplamos a Jesucristo, traspasado de amor, herido por la lanza del soldado, que ha cargado con los pecados de todos los hombres, para destruirlos. “Mirarán al que traspasaron” (Zac 12,10). La fiesta de la Santa Cruz nos invita a elevar nuestra mirada, como los israelitas en el desierto ante las picaduras de las serpientes, para ser iluminados y fortalecidos con la luz y la fuerza que provienen del Señor. Como Santa Teresa decía a sus monjas, que buscaban el punto calve de una vida de oración: “No os pido que penséis mucho, tan sólo os pido que le miréis”.

+ *Demetrio Fernández, obispo de Tarazona*
14.09.2008